

beth miller

una historiadora feminista

Josefina Vázquez nació en la Ciudad de México en 1932. Obtuvo la maestría en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1956, y el doctorado en 1968. Además, realizó estudios de especialización en España (1956-58), en la Universidad de Louisiana (1959), en la Argentina, en Chile y en la Universidad de Harvard (1962-64). Ha ejercido la docencia en universidades de México y Estados Unidos y en el Colegio de México. Actualmente es directora del Centro de Estudios Históricos del Colegio de México.

Publicaciones: La imagen del indio en el español del siglo XVI (1962), Historia Mexicana (1964-65), Historia de la Historiografía (1965), Miguel Hidalgo y Costilla (1970), Nacionalismo y educación en México (1970), Mexicanos y norteamericanos ante la guerra del ' , (1971), La formación del mundo moderno, en colaboración con L. Knauth y A. Villegas (1975), Un recorrido por la historia de México, en colaboración con Alfredo López Austin y Edmundo O'Gorman, (1975) y, próximo a aparecer, La revolución de independencia norteamericana y mexicana, en colaboración R. Morris y E. Trabulse.

Josefina Vázquez ha participado desde 1970 en la elaboración de los nuevos libros de texto, y en general, en las formas educativas que se están realizando en México.

Muchas de las publicaciones de Josefina Vázquez aparecen con el nombre de Josefina Vázquez de Knauth, pues estuvo casada diez años con el historiador norteamericano L. Knauth.

M: — Dentro de la historia, ¿cuál es tu especialización?
V: — Bueno, he sido historiadora de historia de México durante muchos años, pero en 1962 cuando me casé y me iba a Harvard, el

Colegio de México me ofreció una beca para estudiar historia de Estados Unidos. Desde entonces he estado enseñando historia de Estados Unidos, pero he seguido escribiendo historia mexicana.

Mi campo de especialización es el siglo XIX y me ha interesado especialmente la historia de la guerra con los Estados Unidos, que es un poco en el intercambio entre mis dos campos.

M: — ¿Quieres hablar algo sobre las cosas que has escrito?

V: — Empecé trabajando historia colonial y escribí sobre el siglo XVI mexicano. Después me preocupó muchísimo que la historia mexicana, en términos generales, fuera tan nacionalista y que la historia que se enseña en las escuelas fuera muy partidista. Me dediqué a estudiar la educación y los libros de texto durante mucho tiempo, y escribí un libro que se llama *Nacionalismo y educación en México*. Este campo resultó especial, y en la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos que tuvo lugar en Oaxtepec en el 69, yo critiqué los libros de textos escolares. De esto resultó que cuando cambió el gobierno, el secretario de Educación me invitara a hacer los libros de texto escolares.

M: — Entonces has podido hacer teoría y después la has puesto en práctica.

V: — Sí, y creo que con algún éxito. Es decir, siento que es un éxito el hecho de poder escribir para diez millones de niños mexicanos. Además he escrito sobre la historiografía alrededor de la guerra del '47 — la guerra entre México y los Estados Unidos. También he escrito algunas cosas sobre el pensamiento histórico en general y artículos sobre muchos otros temas; incluso uno sobre la mujer en la historia norteamericana, en '71. Así, en general, los temas de todo lo que he escrito tienen relación con México y con los Estados Unidos, sobre todo en el siglo XIX.

M: — ¿Me podrías hablar de las investigadoras del Colegio?

V: — En el Colegio, en el Centro de Estudios Históricos, somos diecisiete investigadores; nueve mujeres y ocho hombres; somos bastante productivos. En el Colegio hay bastantes más mujeres que en casi ninguna otra institución en México. En un plan muy realista, diría que nos hemos impuesto tanto, que dos centros tienen directoras mujeres. En el pasado ha habido hasta cuatro directoras al mismo tiempo, por lo cual creo que siendo mujer y teniendo inquietudes al respecto, es una institución muy agradable para trabajar.

M: — Parece extraordinaria la falta de discriminación contra las mujeres en el Colegio.

V: — Hay menos mujeres que hombres entre los alumnos, pero creo que es una institución en donde no es tan importante el sexo. Todavía no ha habido ninguna presidenta del Colegio de México, pero no será remoto que suceda. Se ha admitido que la calidad es muy alta entre las investigadoras, y en general son de las más antiguas colaboradoras del Colegio de México. Así, la mujer investigadora no es una cosa nueva ni especial, sino que ya es una tradición en el Colegio.

M: — No estás hablando sólo de tu departamento, sino en general.

V: — En general hay muchas mujeres. Creo que Historia y Estudios Lingüísticos y Literarios son los dos centros donde hay más mujeres.

M: — ¿Crees que ya no existe discriminación en absoluto? ¿Por ejemplo, en cuanto a las posibilidades que ellas tienen de conseguir becas o en cuanto a la recepción de su trabajo?

V: — No. En el Colegio no creo; y tampoco lo sentí muy directamente en la UNAM. Sí, hay a veces algunos prejuicios y siento que algunos son reales. Por ejemplo, el hecho de que las mujeres casadas muchas veces descuidan sus obligaciones como investigadoras de tiempo completo. Algunas son lo suficientemente discretas, y si creen que no pueden cumplir con su trabajo, piden medio tiempo. Por eso, cuando existe la queja, es real. Es decir, yo creo que un trabajo no debe ser una beca para criar hijos. Pero muchas lo consideran así.

M: — ¿Por qué?

V: — Tal vez es que nos ha costado menos trabajo llegar al estado que tanto trabajo les ha costado a las norteamericanas. Yo personalmente no me di cuenta de la desventaja de ser mujer hasta que llegué a Harvard. Me molestaba recibir las invitaciones que decían Dr. and Mrs. Las mujeres éramos como transparentes.

M: — ¿Pero tus experiencias aquí en México, han sido muy diferentes?

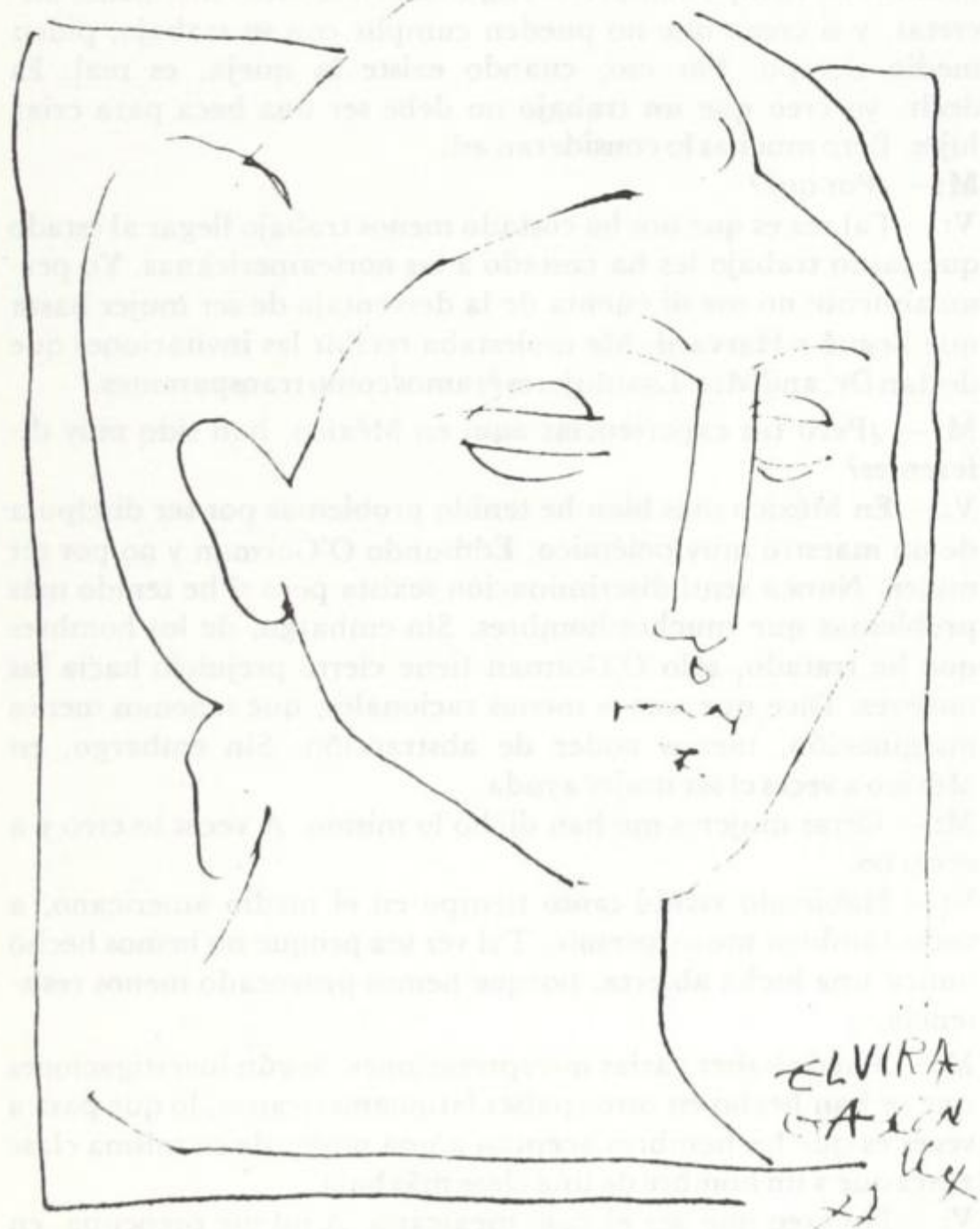
V: — En México más bien he tenido problemas por ser discípula de un maestro muy polémico, Edmundo O'Gorman y no por ser mujer. Nunca sentí discriminación sexista pero sí he tenido más problemas que muchos hombres. Sin embargo, de los hombres que he tratado, sólo O'Gorman tiene cierto prejuicio hacia las mujeres. Dice que somos menos racionales, que tenemos menos imaginación, menos poder de abstracción. Sin embargo, en México a veces el ser mujer ayuda.

M: — Otras mujeres me han dicho lo mismo. A veces lo creo y a veces no.

V: — Habiendo vivido tanto tiempo en el medio americano, a veces también me sorprende. Tal vez sea porque no hemos hecho nunca una lucha abierta, porque hemos provocado menos resistencia.

M: — Puede haber varias interpretaciones. Según investigaciones que se han hecho en otros países latinoamericanos, lo que pasa a veces es que los hombres aceptan a una mujer de su misma clase antes que a un hombre de una clase más baja.

V: — No creo que sea el caso mexicano. A mí me preocupa, en cambio, en la historia de Estados Unidos, por qué la mujer nor-



teamericana ha tenido tantos problemas. Fue la primera mujer liberada en el mundo porque se puso en igualdad de condiciones, al principio de la colonia, con los hombres. Pero a medida que se imponía la cultura, a medida que se organizaba la civilización, inmediatamente la mujer volvía a su lugar. Esto me preocupó mucho, porque además, es una cosa legal. Realmente la mujer norteamericana es una de las más fuertes del mundo. El marido casi parece un títere delante de una mujer norteamericana, y algo semejante pasa con las españolas. Las ve uno y dice: "Bueno, éste es un matriarcado, en Estados Unidos y en España". Pero las leyes no reflejan esta realidad. En México es diferente, igual que en Japón. Parece que las mujeres están muy en segundo plano. Pero es que han preferido un poco el papel de chantajistas: "Yo me sacrificio por mis hijos", o "Yo, que me sacrificué toda la vida por ti". Y a la hora de la verdad, mandan al marido y manipulan a los hijos aun casados, lo cual es el caso general de las madres fuertes. La madre judía en todas partes se parecería un poco a esto. Pero la tradición de la cortesía indígena mexicana hace que las mujeres aquí cuenten con ella para suavizar las relaciones entre los dos sexos, excepto las que realmente son tan poco mexicanas que se atacan para espantar a esta sociedad o para sacar ventaja.

M: — ¿Y no notas ningún efecto del Movimiento de las Mujeres sobre estas relaciones entre los sexos?

V: — Yo sí noto que desde que se habla de feminismo en México y desde que se refleja el movimiento femenino en México, los hombres son más agresivos. Y muchas de mi generación estamos siendo víctimas de este movimiento. Nos hemos divorciado.

V: — Ah, yo lo entiendo perfectamente. A mí no me sorprende nada.

M: — Habíamos empezado a hablar de la discriminación. Como historiadora, ¿podrías nombrar a algunas historiadoras mujeres a quienes admiras, de cualquier país?

V: ¿De cualquier país? Bueno, me gusta mucho cómo escribe Antonia Frazer. Lady Frazer es muy buena biógrafa y me parece estupenda escritora. Hay una historiadora joven en Estados Unidos, Pauline Meier, que también me parece que tiene mucho futuro. Hay otras muy interesantes como Peggy Liss y Nancy Farris, también norteamericanas. Admiro a Nettie Lee Benson, por supuesto, que además de bibliotecaria de la Latin American Collection de la Universidad de Texas es buena historiadora, y es una de las más increíbles mujeres que yo he conocido, víctima de no haber podido ser profesora de historia hasta recientemente. Por eso fue bibliotecaria y fue una suerte para la historia latinoamericana en los Estados Unidos, porque ha organizado la colección más importante de libros sobre Latinoamérica que existe. En México tenemos sobre todo historiadoras del arte. Yo diría que la más admirable sería Ida Rodríguez Prampolini, pero hay algunas otras,

como María del Carmen Velázquez. Aunque no hay tantas mujeres en historia, yo creo que la generación joven va a dar algunas buenas historiadoras.

M: — ¿Y qué opinas de la labor que hicieron José Vasconcelos y Jaime Torres Bodet y otros precursores tuyos hace tiempo?

V: — Bueno, debemos mucho a la labor de aquellas gentes; desde luego, cada quien en su época. Vasconcelos se empeñó en devolver el autorrespeto a los mexicanos y movilizar al país para que todos se educaran. Esta generosidad increíble despertó y conmovió al país. Torres Bodet, desde otro punto de vista, fue muy importante. A él se debe la Institución del Libro de Texto Gratuito que les da a todos los niños mexicanos un instrumento común.

M: — ¿Cuál es el mayor problema educativo en México ahora?

V: — Cada vez tenemos mayor población; aunque multipliquemos las escuelas a cualquier ritmo, los mexicanos se multiplican más aprisa. Y realmente hay que enfrentarse con unas realidades terribles, ¿verdad? Yo como historiadora de la educación (en el libro de *Nacionalismo y educación*) me di cuenta de que el esfuerzo educativo mexicano era gigantesco, con todo y sus fallas, y que éstas provenían de la terrible necesidad de multiplicar maestros y escuelas al ritmo que lo han hecho. Pero no me di cuenta de los problemas angustiosos tanto como ahora que estoy en contacto con el sistema. A pesar de eso, se han hecho cosas increíbles, como las escuelas agrícolas y técnicas, por todo el país. Por primera vez están inyectando un sentido de servicio social, de una profesión para servir a la sociedad, y no sólo para ganarse la vida. Ese es uno de los más grandes males latinoamericanos, esa especie de egoísmo de los profesionistas y de los intelectuales.

M: — Hay jóvenes ahora e intelectuales que, de acuerdo con la línea marxista, dicen que el control natal sirve sólo a los intereses capitalistas.

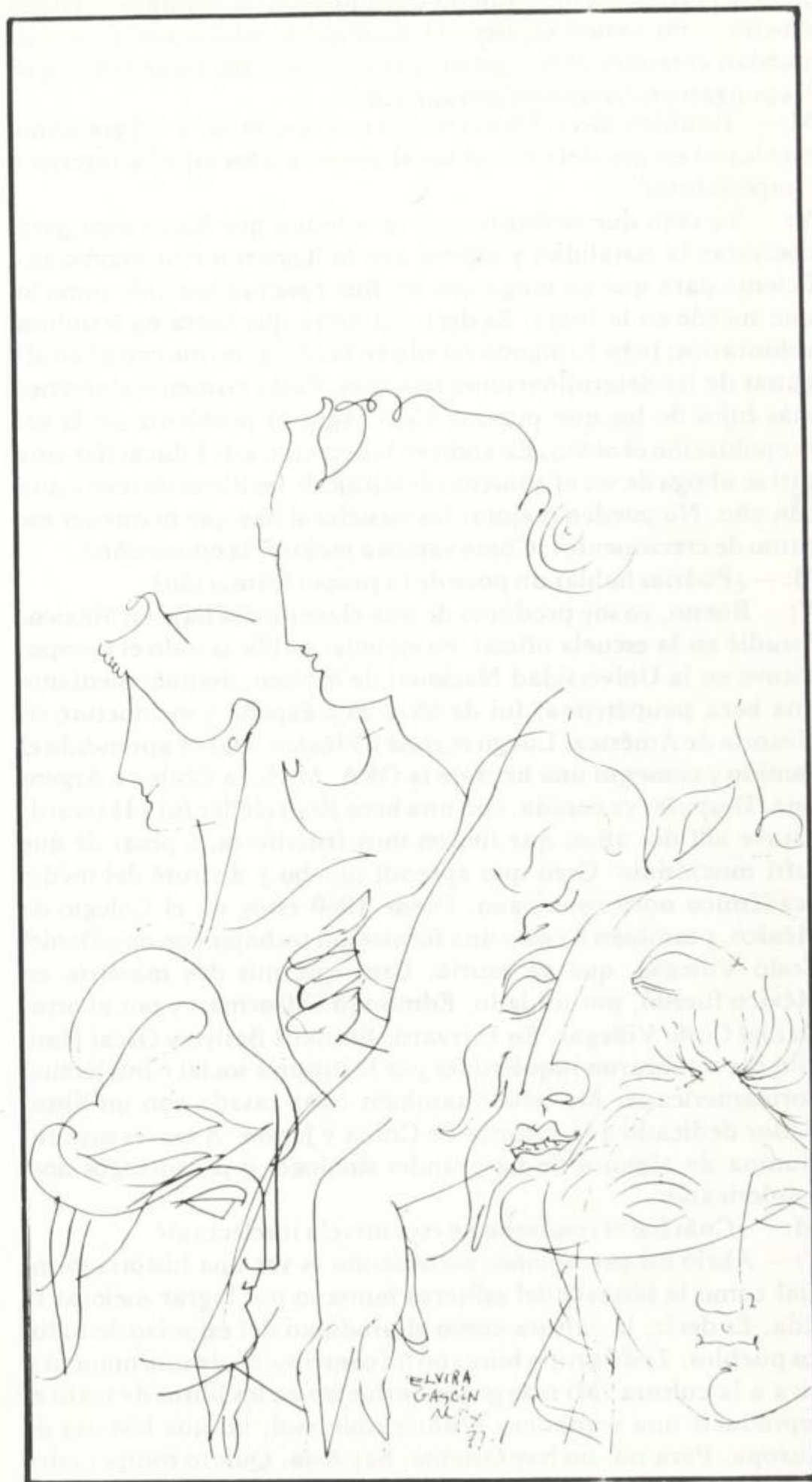
V: — Bueno, francamente, eso es una idiotez.

M: — ¿Entonces, no estás de acuerdo?

V: — No. Demuestra lo malo de aplicar ideologías prestadas. Nosotros tenemos una pobreza de recursos y un contraste social espantoso. Tenemos que dar de comer a la gente. Si la gente se multiplica más rápido de lo que nosotros mejoramos los campos, pues se van a morir de hambre. Y lo peor es que los que se mueren de hambre son los más amolados, no los que piensan. A mí me parece que la posición en contra del control natal es una estupidez de unos cuantos que no lo han pensado bien.

M: — ¿No piensas que afecta mucho la falta de control natal a las mujeres?

V: — Yo creo que ése es uno de los problemas más importantes y que es el que mantiene a la población femenina en una situación de desventaja. Siempre le hemos echado la culpa a la Iglesia, y creo que no es justo. Creo que las mujeres, en cuanto conocen la



forma de tener control, lo ponen en práctica. Lo malo es que las pobres Marías — estas mujeres que piden en las esquinas o venden chicles — no tienen siquiera el mínimo de educación para que puedan entender cómo tomar una píldora o para que pidan que les pongan un dispositivo intrauterino.

M: — También dicen los marxistas que la campaña del gobierno mexicano en pro del control natal obedece a los mismos intereses "imperialistas".

V: — Yo creo que definitivamente tenemos que hacer algo para controlar la natalidad y espero que lo hagamos con tiempo suficiente para que no tenga que ser una cosa tan horrible como lo que sucede en la India. Es decir, quisiera que fuera en términos voluntarios; pero habiendo estado en la India, no me extrañan algunas de las determinaciones tomadas. Es un crimen social tener más hijos de los que pueden vivir. Aquí el problema de la sobrepoblación es obvio. Estando en la Secretaría de Educación, una casi se ahoga de ver el aumento del tiraje de los libros de texto, año con año. No pueden mejorar las escuelas si hay que mantener ese ritmo de crecimiento. ¿Cómo vamos a mejorar la educación?

M: — ¿Podrías hablar un poco de tu propia formación?

V: — Bueno, yo soy producto de una clase media baja en México. Estudié en la escuela oficial, en escuelas públicas todo el tiempo. Estuve en la Universidad Nacional de México, después mediante una beca paupérrima, fui de 56 a 58 a España y me doctoré en Historia de América. Luego regresé a México. Había aprendido el camino y conseguí una beca de la OEA. Me fui a Chile y a Argentina. Después, ya casada, con una beca Rockefeller fui a Harvard. Estuve allí dos años, que fueron muy fructíferos, a pesar de que sufrí muchísimo. Creo que aprendí mucho y disfruté del medio académico norteamericano. Desde 1960 estoy en el Colegio de México, y también ha sido una formación trabajar con don Daniel Cosío Villegas, que ya murió. Creo que mis dos maestros en México fueron, por un lado, Edmundo O'Gorman y por el otro, Daniel Cosío Villegas. En Harvard, Bernard Bailyn y Oscar Handlin me sembraron inquietudes por la historia social e intelectual norteamericana. Me educó también estar casada con un historiador dedicado a la historia de China y Japón. A través suyo fui alumna de algunos de los grandes sinólogos y japonólogos norteamericanos.

M: — ¿Cuál fue el resultado de esta mezcla intelectual?

V: — Abrió mi percepción; mi obsesión es ver una historia mundial como la historia del esfuerzo humano por lograr mejorar la vida. Es decir, la cultura como el producto del esfuerzo de todos los pueblos. *Todo* grupo humano ha contribuido de una manera u otra a la cultura. Mi más grande esfuerzo en los libros de texto es reproducir una verdadera historia universal, no una historia de Europa. Para mí, no hay Oriente, hay Asia. Quiero romper estos

viejos prejuicios de pensar que Africa no tuvo cultura, que las culturas latinoamericanas o indígenas no tenían la grandeza de la cultura griega; este tipo de cosas que han servido para separar a los hombres. Hay que destacar la unidad de la *experiencia humana*, sobre todo para preparar a los niños para que sean más generosos y más humanos. La gente piensa que este tipo de prejuicio sólo se da en Estados Unidos y en Europa. Pero no, todos hemos estado amaestrados: aquí sí es una cosa francesa, tiene que ser buenísima. Pero ahora cuando vemos esculturas africanas, nos quedamos maravillados.

M: — ¿Y crees que es difícil dar una educación humanista o humanitaria a los niños?

V: — No. En México hay bastante tradición al respecto. Aquí lo más difícil es darles una educación conceptual, que también estamos introduciendo, como forma de comunicación moderna. Pero hay una tradición muy humanista, aunque algo informativa. A mí me gustaría *formar* más que *informar*; los datos están en cualquier libro.

M: — También la enseñanza de la Iglesia ha sido humanista.

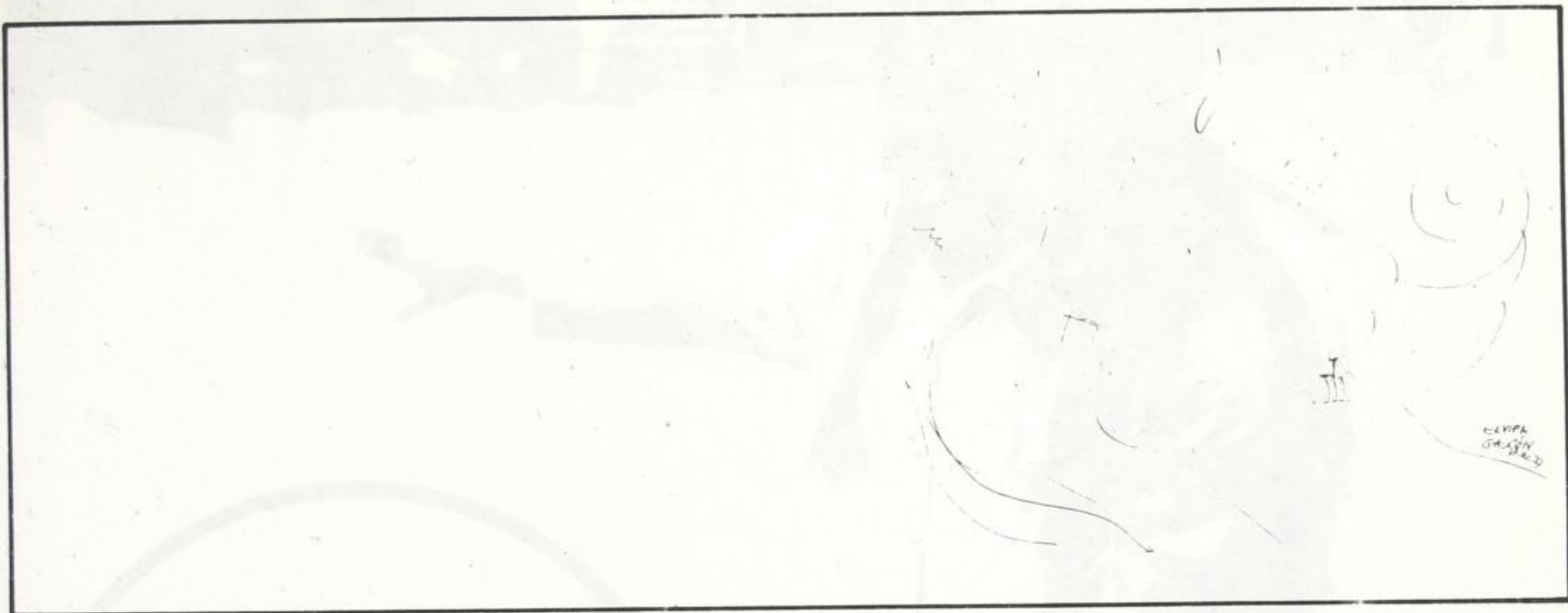
V: — Bueno, pero la Iglesia ya está casi fuera de la educación en México hace prácticamente un siglo. Claro, un grupo, una élite pequeña, se educa en escuelas privadas, pero incluso ya la mayor parte de las escuelas privadas tampoco son clericales. En todo caso, la Iglesia es mucho más progresista que los padres mexicanos. El programa más agudo se presenta, por ejemplo, en las Ciencias Naturales con la educación sexual. Cualquier cosa que huele a que los niños sepan cómo nacen los niños, horroriza todavía a la sociedad mexicana.

M: — Eso pasa no sólo en México.

V: — Claro que no. Cuando uno ve los problemas en California sobre el darwinismo, se da uno cuenta de que las sociedades pueden parecer a veces muy modernas en algunos aspectos, pero en otros no

M: — ¿Y puedes nombrar a algunas escritoras mexicanas a quienes admiras?

V: — Bueno, a la que más he admirado es a Rosario Castellanos. Tal vez porque tocó tantos temas que me llegaban muy de cerca. También me gustan mucho algunas novelas de Luisa Josefina Hernández. Me gusta *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska. Apenas leo poesía, porque no es uno de mis gustos naturales. En general, siento que hay más prejuicios, por ejemplo, para que las que seguían la carrera de medicina que para las que escribían poesía. Cuando yo era chica, recuerdo haber escuchado: "¡Ah! pero ¿cómo vas a llevar a tu hijo con una mujer?" Y no recuerdo haber oído nunca que un libro debiera ser malo porque fue escrito por una mujer. Tampoco recuerdo problemas especiales en la Facultad de Filosofía contra las mujeres. Sí recuerdo que cuando empecé a tomar clases, mis compañeras, muchachas



de mi generación, no querían tomar clases con profesoras. Yo en general he preferido profesionistas y colaboradoras de mi sexo, porque creo que debemos darnos el lugar que queremos para nosotras mismas.

M: — Sí, tener confianza en nosotras mismas.

V: — Es dicho muy común que “es muy difícil trabajar para una mujer”. Nunca he tenido problemas con mis secretarias, ni en el libro de texto, ni en el Colegio de México. Siempre he trabajado bien con mujeres. En mi equipo no quedan más que mujeres y trabajamos muy a gusto.

M: — Cuando empezaste tu carrera, no había muchas mujeres que enseñaban historia, ¿verdad?

V: — No. Casi no había. Y cuando yo estudié en la Preparatoria, también éramos muy pocas las alumnas. Los maestros nos solían molestar diciendo que íbamos nada más a buscar novio. Sí, ha habido un gran cambio. Cuando yo tomé clases, por ejemplo, en Preparatoria, éramos poquísimas y cuando llegué a dar clases en la Prepa había ya el mismo número de mujeres que de hombres. El cambio fue muy dramático en los cincuentas. Se notó una enorme y rápida apertura a la educación femenina. Creo que ahora la actitud de las jóvenes es más confiada. Nosotras nos sentíamos más tímidas.

M: — ¿No crees que esa timidez era uno de los síntomas de un problema de identidad en muchas de las mujeres de entonces? ¿Y que su falta de confianza era en parte el resultado de su tratamiento por los hombres?

V: — No siento que sea una discriminación; es más bien falta de costumbre. Como pasa en las fiestas, se separan hombres y mujeres. Recuerdo que en una reunión de intelectuales para el candidato López Portillo, sólo invitaron a dos mujeres.

M: — ¿Quién era la otra? ¿María del Carmen Millán?

V: — Sí, y deben haber sido unos treinta hombres. Antes nunca me fijaba en cuántas mujeres había, pero esta vez me quejé de la injusticia. Es realmente difícil admitir a las mujeres, pero no siento que sea discriminación.

M: — Entonces será por tradiciones culturales y costumbres sociales.

V: — Costumbres sociales, diría yo. Es una cosa muy curiosa que es difícil de curar y que va a costar muchos años, hasta que las chicas más jóvenes, que ya se acostumbraron a estar más en un mundo que antes era exclusivamente de los hombres, sean adultas. Yo me acuerdo una vez que la Embajada de Indonesia mandó una invitación para mi marido y expresamente decía abajo: “Sólo caballeros”, o algo por el estilo. Pero mi marido no lo leyó bien y me llevó. Pasé todo el coctel, dos horas y media, sin darme cuenta que no había otra mujer. Lo cual después me espantó. Dije: “¿Por qué no me di cuenta?” Y es que estoy acostumbrada a vivir y a trabajar en un mundo donde predominan los hombres. Hoy no me hubiera pasado porque soy más sensible. Ahora siempre cuento a las mujeres. ♪